La nueva estrategia militar del Estado colombiano: Una etapa más en la degradación de la guerra interna

Santos Alonso Beltrán Beltrán

Politólogo, Administrador Público, Ingeniero Industrial, Magíster y candidato a Doctor en Estudios Políticos y Relaciones Internacionales

La nueva estrategia del ejército nacional para combatir a las Farc parece cosechar sus primeros frutos: en menos de un mes, entre finales de Febrero y mediados de Marzo, el ejército nacional ha dado de baja a casi 100 guerrilleros. Las bajas se han producido mediante operaciones de bombardeo sobre campamentos ocupados por los subversivos en las montañas colombianas[1]. El objetivo de ahora es debilitar las estructuras del movimiento insurgente, que se han mantenido intactas pese a la cruenta estrategia de aniquilación que se ha desarrollado desde los tiempos del gobierno de Uribe, estructuras que según los analistas militares tienen aún mucha capacidad de daño en las regiones donde hacen presencia.

1 El gobierno nacional ha dado en llamar esta nueva estrategia "Espada de Honor", una reingeniería de la anterior estrategia, que se concentraba en atacar blancos de importancia en la estructura del movimiento guerrillero –miembros del secretariado, comandantes de frente o de unidades tácticas importantes para la guerrilla–, pero que ahora parece inclinarse por atacar unidades de combate y mandos medios.

Tomada de: http://noticias.terra.com.co/internacional/latinoamerica/campesinos-exigen-a-gobierno-santos-ser-reconocidos-como-victimas,ac8fa9c04ed34310VgnVCM3000009af154d0RCRD.html

Pero, fundamentalmente, la nueva estrategia persigue eliminar a los mandos medios de la guerrilla. La apuesta de los militares cambió: la eliminación de miembros del secretariado no ha causado todavía la desbandada de los combatientes y mandos medios ni logrado la fractura del movimiento insurgente. El Estado prueba ahora con la eliminación de segundos y terceros en las estructuras para romper el mando regional y afectar la operatividad de la tropa guerrillera. El tiempo dirá si esta apuesta es acertada o si acabara superada por la capacidad insurgente de mutar según las transformaciones del conflicto –en la guerra el enemigo construye al enemigo–.

En el marco de esta nueva etapa de nuestro interminable y cruento conflicto armado poco parece haber cambiado. En la opinión pública nacional la reflexión sobre la guerra interna se ha vuelto un asunto alejado de la discusión cotidiana sobre la política; en la academia el estudio del conflicto se ha convertido en problema de historia política neutra, casi en un asunto de eruditos. Los medios de comunicación continúan machacando la información oficial sobre la dinámicas de la guerra interna, sin detenerse siquiera a cuestionar las acciones del ejército oficial y sus repercusiones en materia de derechos humanos, afectación económica, degradación ambiental o construcción de cultura nacional. La muerte de cientos de colombianos parece ser un dato numérico y no una tragedia que debe evitarse o regularse de manera efectiva. La afectación del medio ambiente una efecto colateral irrelevante.

El operativo sobre el territorio no sólo es un acto militar contra un enemigo del Estado, es también una acción sobre el medio ambiente, sobre el entorno social que rodea a la unidad guerrillera y sobre las dinámicas económicas de los habitantes del territorio; a su vez, la naturalización de la muerte de los contradictores políticos como resultado inevitable de la guerra contrainsurgente, un aval a la eliminación de los disidentes y una banalización de la vida humana.

La reingeniería militar: la combinación entre la inteligencia de combate y presencia territorial, reacción y ataque

La estrategia insurgente de copamiento territorial y movilidad había dejado en desventaja a la fuerza publica que se había concentrado en la defensa de blancos aislados y distantes entre si. La geografía difícil del territorio, la incapacidad de desarrollar estructuras regionales versátiles y la baja capacidad de movilidad de las fuerzas oficiales terminaban atornillando a los militares al territorio y potenciando la estrategia de copamiento y ataque insurgente de blancos estratégicos[2].

La transformación militar planeada durante el gobierno de Pastrana, pero desarrollada y fortalecida durante el gobierno de Uribe, se vino a perfilar de manera compleja en el gobierno de Santos. La estrategia militar descansa en este momento en la inteligencia técnica, que permite ubicar en tierra los blancos a atacar y, por supuesto, en el poder de la aviación que ha asestado los últimos golpes a la guerrilla. En el caso de la inteligencia, la fuerza pública ha avanzado hacia la cooperación entre las instituciones para compartir información, dividir el trabajo de seguimiento a unidades y cabecillas y, en general, trabajar articuladamente en la penetración de las estructuras insurgentes. La calidad de la inteligencia recogida ha mejorado, y en ello está presente la cualificación de los

2 La estrategia centrifuga insurgente –dislocar sus frentes para ampliar de manera estratégica el teatro de operaciones y con ello obligar al ejército a dispersarse para cubrir emplazamientos distantes y aislados– unido a la estratega centrípeta –la movilidad y el conocimiento del terreno que permitía a los insurgentes concentrar tropas rápidamente para hacerse fuertes y numerosos y poder luego atacar unidades militares dispersas en el territorio– no generó de manera rápida en el ejército una estrategia de movilidad y control territorial, sino que la perfiló como una fuerza pesada, lenta y apenas reactiva. Un ejército que había perdido la iniciativa en el combate contra la guerrilla y que sufrió durante los años noventa una seguidilla de sonados fracasos militares.

dispositivos de ubicación y rastreo que han sido claves en la dirección de los ataques a las estructuras insurgentes.

Pero la información no es nada si no se tiene cómo utilizarla en beneficio de quien la posee. En este aspecto las fuerzas oficiales han logrado que la información recopilada y la ubicación de los objetivos en tierra se complementen con un efectivo esquema de ataque mediante la superioridad que les confiere la fuerza aérea. Los bombardeos desde los aviones han permitido la afectación estratégica de estructuras mediante el ataque a campamentos y, a su vez, han sido claves en la eliminación de miembros importantes de la dirección de la fuerza guerrillera[3].

El operativo sobre el territorio no sólo es un acto militar sobre un enemigo del Estado, es también una acción sobre el medio ambiente, sobre el entorno social que rodea a la unidad guerrillera y sobre las dinámicas económicas de los habitantes del territorio; a su vez, la naturalización de la muerte de los contradictores políticos como resultado inevitable de la guerra contrainsurgente, un aval a la eliminación de los disidentes y una banalización de la vida humana.

El éxito de los últimos operativos no puede nublar la visión para descubrir algunos hechos que afectan de manera profunda a la población civil y las zonas en las que habita.

La guerra en el territorio: medio ambiente, población civil y desarrollo económico

La depredación ambiental no es en lo absoluto un problema ajeno al conflicto armado interno. El medio ambiente de las selvas colombianas, delicado y complejo, se ve profundamente afectado por todas las dinámicas de la guerra interna. La economía cocalera, la utilización de las selvas como refugio insurgente, la ubicación de unidades militares en los páramos y, por último, el bombardeo de zonas de la selva para sacar de allí las tropas guerrilleras, son algunas de las múltiples formas de la degradación de estos ecosistemas que son patrimonio de la humanidad.

Desde un principio, la economía cocalera –desarrollada por la colonización campesina desplazada por la violencia de las regiones del interior del país– ha venido destruyendo

3 El orden parece siempre el mismo: la inteligencia humana y técnica infiltra y ubica el objetivo; la fuerza aérea despliega un contundente operativo de bombardeo sobre la unidad guerrillera; luego tropas helicoportadas y unidades dispuestas en tierra consolidan la escena de intervención; acto final, se recogen los elementos que van a nutrir la inteligencia –dispositivos electrónicos, armas y explosivos– y, por supuesto, los cadáveres de los guerrilleros dados de baja haciendo énfasis en los cabecillas y comandantes de las estructuras.

el medio ambiente y convirtiendo estos lugares en pastizales, "potreros" para la cría de ganado, cambiando su vocación de conservación ambiental. La destrucción de la selva por el cultivo de coca va aparejada a la contaminación de las fuentes hídricas por el vertimiento de químicos para la el procesamiento de la base de coca. En última instancia, la economía cocalera –factor esencial en el devenir de la guerra como actividad económica desarrollada por el campesinado y fuente de recursos para los grupos ilegales– está en la base del conflicto[4]. Súmese a ello la avanzada minera que promete degradar aún más el delicado entorno ambiental y que en este momento se está convirtiendo en la siguiente fuente de recursos para el Estado y para los armados ilegales: en una apuesta que reeditará las dinámicas de desplazamiento poblacional y degradación ambiental.

La utilización de las áreas de selva para refugio de los grupos insurgentes es otra de las formas de agresión a la selva y, en general, al medio ambiente. La guerrilla en su utilización táctica del territorio para contener el avance de las tropas oficiales ha desarrollado una especie de "ingeniería guerrillera" que aprovecha el relieve, la vegetación y los recursos que la selva le provee. Pero la concentración de efectivos de las tropas guerrilleras en estos espacios genera un proceso de sobreexplotación de las áreas de selva. La apertura de campamentos, el trazado de trincheras, el emplazamiento de zonas de entrenamiento o atención de insurgentes y el tránsito masivo por estos territorios conlleva una afectación de sus características de flora y fauna. Una herida más al patrimonio ecológico de la humanidad.

A su vez, los militares colombianos han contribuido a la degradación ambiental en su afán por asegurar zonas selváticas donde la guerrilla hace presencia o cortar los corredores de movilidad por donde se desplazan los insurgentes. Con el fin de hacer frente al domino territorial insurgente, el ejército nacional ha ideado la estrategia de emplazamientos territoriales en los lugares neurálgicos de presencia y acción insurgente. Estos territorios coinciden con zonas selváticas –en el caso de las áreas campamentarias– y páramos –en el caso de corredores de movilidad–. En relación con los batallones de alta montaña es claro que su ubicación en los páramos –ecosistemas muy delicados y esenciales para el equilibrio hídrico de extensas regiones rurales y el suministro adecuado de agua para poblaciones urbanas– se ha constituido en un

4 La degradación ambiental es tan profunda que en muchas regiones del país por la desaparición de áreas de selva, rápida y agresiva, se ha tenido que modificar la zonificación de los parques naturales, las reservas forestales y las demás áreas de conservación.

factor de afectación profunda del equilibrio ambiental[5].

El bombardeo indiscriminado de áreas de selva es un atentado terrible contra el equilibrio natural de las zonas de selva. En los bombardeos que la fuerza aérea realiza, las áreas quedan devastadas por la acción de decenas de toneladas de bombas arrojadas contra las zonas donde hacen presencia las fuerzas insurgentes. En ocasiones los bombardeos son solamente preventivos –se realizan ante la información de ubicación de campamentos ya abandonados o por la denuncia de presencia insurgente– y al no dar como resultado bajas de guerrilleros no son informados, lo que demuestra que se desarrolla una labor de ataque mediante la devastación de zonas completas. En estas operaciones la vida animal y vegetal, la conservación ambiental y el equilibrio ecológico son las últimas preocupaciones de los militares, y parecen también estar ausentes de las denuncias de los colectivos ambientalistas.

La cultura de la muerte: la banalización de la vida humana o la cacería de los malos

Mención especial merece la naturalización de la muerte de los combatientes de los dos bandos, que aparecen para la opinión na-

5 En los páramos colombianos, los batallones de alta montaña han afectado las fuentes hídricas, han deforestado áreas completas, han desplazado especies nativas, han creado problemas de basuras y desechos en lugares de conservación ambiental.

Tomado de: http://chemtrailsevilla.files.wordpress.com/2012/01/dsc_0320.jpg.

La muerte se ha entronizado en el país y la opinión nacional construye una especie de actitud necrófaga, en la que los cadáveres son presentados como trofeos de caza, donde la comprobación de la muerte del enemigo se convierte en motivo de alegría nacional.

cional como simples cifras, datos para un juicio numérico del avance de uno u otro bando. Los colombianos pobres siguen siendo la carne de cañón de esta conflagración que se mantiene de manera irracional por algunos sectores de la elites nacionales. La exhibición de los cuerpos de los guerrilleros dados de baja, o el simple conteo de los militares muertos o lesionados, presenta la imagen de un país que ha naturalizado la eliminación física del contendor político como única posibilidad de solución de las diferencias. La muerte se ha entronizado en el país y la opinión nacional construye una especie de actitud necrófaga, en la que los cadáveres son presentados como trofeos de caza, donde la comprobación de la muerte del enemigo se convierte en motivo de alegría nacional.

La nueva estrategia del Estado parece acercar más a las tropas oficiales a la victoria, pero la verdad es que en la guerra irregular la sola sobrevivencia del actor insurgente es ya una victoria para los alzados en armas. En el desarrollo de este nuevo momento táctico de la guerra interna, la degradación ambiental, la afectación de la población civil y la banalización de la vida humana seguirán como tercos acompañantes de la estrategia del Estado, y de la respuesta de la insurgencia. La paz política, fruto de una negociación con los alzados en armas con participación real de la sociedad civil, es la única solución al desangre nacional, a la afectación económica de los más pobres, a la devastación ecológica y a la degradación de la vida política de los colombianos.

Tomado de: http://chemtrailsevilla.files.wordpress.com/2012/01/dsc_0505-1024x685.jpg